

á sus sermones, y ya en la primera Misión dada en la santa iglesia catedral, el entusiasmo por el santo Misionero había cundido de unos á otros como corriente eléctrica, y en muchas iglesias, á pesar de sus grandes dimensiones, no cabía la apiñada muchedumbre; por lo cual no pocas veces, para satisfacer el piadoso afán que de oírle tenían las devotas turbas, se vió obligado á predicar en campo raso, ora en las plazas públicas, ora en la alegre campiña, teniendo por bóveda el azulado firmamento y por confin las lejanas líneas del extenso horizonte.

Así le acaeció, entre otros muchos pueblos, en las parroquias de San Lorenzo, Firgas, Arugas y Vega de Santa Brígida. Para comprender por uno el fruto verdaderamente maravilloso que hacía en los demás pueblos, citaré el que alcanzó en el último de los nombrados. El 20 de Febrero de 1849 salió de Tejeda acompañado de una gran muchedumbre, á la que luego se agregó una gran parte de la población de San Mateo, y con este séquito inmenso llegó á la parroquia de la Vega de Santa Brígida. En ésta permaneció unos veinte días, ocupándose día y noche, casi sin cesar, en la predicación y en el confesonario. No siendo suficiente el templo, á pesar de sus grandes dimensiones, para contener ni con mucho la gente que concurría de los pueblos vecinos, tuvo que predicar en la plaza todos los días; por la noche estaba confesando hasta la una y á veces hasta las dos de la madrugada; luego, después de un descanso que de ordinario nunca pasaba de dos horas, volvía al confesonario hasta la tarde, que tornaba á predicar. Durante los días que duró la Misión reconcilió varios matrimonios que vivían apartados y casó á muchos otros que vivían amanecidos; y fué tan general y duradera la reforma, que no hubo ni uno solo de los que vivían mal que no se convirtiese á Dios y continuara en sus buenas costumbres. La comunión general del último día no fué posible darla en la iglesia por la extraordinaria afluencia de personas, y así hubo de distribuirla en las gradas de la puerta principal del templo; á medida que iban comulgando entraban en la iglesia para dar gracias á Dios, y al cabo de un rato salían para hacer lugar á los que iban entrando.

Todos estos datos constan en el oficio que D. Ignacio Mederos y Oliva, párroco de dicha población, escribió el 28 de

Mayo de 1880. Fácil me sería multiplicar relaciones por el estilo, pues tenemos en nuestro poder los testimonios de casi todos los señores párrocos y arciprestes de Canarias, confirmados por el que fué dignísimo Obispo de aquella diócesis, Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Pozuelo y Herrero; mas por no cansar á los lectores con referir siempre las mismas escenas, me limitaré á hablar en general de lo que en todos ellos acaecía, para contar luego varios de los hechos milagrosos allí acaecidos.

Todos se querían confesar con el *Padrito*, que así le llamaban por el tierno amor que le tenían; pero á pesar de los esfuerzos que el Siervo de Dios hacía, le fué imposible contentarlos á todos, por lo que pidió otros sacerdotes que le ayudasen; y como aun así no pudieran despacharlos á todos, nuestro Padre enseñó á sus compañeros el modo de oír las confesiones con perfección y brevedad. Era tal el ansia de los fieles por recibir el sacramento de la Penitencia y lavar sus almas en el agua saludable de este Sacramento, que se aglomeraban alrededor de los confesonarios, pugnando de tal suerte por ser los primeros que algunas veces, para guardar el orden, hubo de intervenir la autoridad (1).

“Afligiase el Varón de Dios al ver que se le echaban encima, y que cada uno, antes de confesarse, se detenía largo tiempo en hacer la señal de la cruz y en rezar el *Yo pecador* y otras oraciones. Para evitar, pues, la confusión y los tumultos y aprovechar mejor el tiempo, se valió de esta industria: mandó formar lista de los que iban llegando y ordenar á éstos en grupos de ocho personas, á las cuales preparaba primero por sí mismo, y después por medio de otros; los grupos de hombres estaban á cargo de un *arreglador*, y los de mujeres al de una *arregladora*. Tenían éstos el oficio de mantener el orden de los penitentes, á los cuales disponía también el Padre Claret haciéndoles santiguar á todos á un tiempo y rezar el *Yo pecador* y las demás oraciones de uso y costumbre del país. Cuando llegaba á cada uno su turno, se acercaba al confesor y le declaraba los pecados sin preámbulos. Con esta medida logró el Siervo de Dios la conservación del orden y evitó la pérdida de tiempo (2).”

(1) Declaración del Rdo. D. Santiago Sánchez Dávila.

(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.

Tal era el entusiasmo despertado en los sencillos isleños, que al terminar la Misión en un pueblo, sus habitantes con gran devoción le acompañaban hasta llegar al otro pueblo, entonando por el camino cánticos espirituales ó rezando el santísimo Rosario; y cuando los del pueblo adonde iba sabían la llegada del Siervo de Dios, salían en procesión á recibirle con extraordinarias muestras de alegría, mientras que los que habían venido acompañándole se despedían de él llorando (1).

Tan alta estima concibieron los sencillos canarios de la santidad del Siervo de Dios, que á pesar de las dificultades que arriba hemos apuntado querían confesarse con él á todo trance, para lo cual nada les importaba sufrir el hambre, la sed y el cansancio de largos caminos. Era un espectáculo verdaderamente conmovedor ver á centenares de esas sencillas gentes que por oír al P. Claret y confesarse con él acudían de lejanos pueblos provistos de harina de maíz, único sustento que tomaban durante el tiempo que habían de esperar lejos de sus casas, que á veces era de ocho y nueve días con sus noches (2).

7. Aunque en Canarias como en Cataluña fué ejemplarísima la vida privada del Varón de Dios, creo no estará por demás hacer un extracto de ella, tal cual se desprende de las comunicaciones que de aquellas islas por personas fidedignas hemos recibido. Dedicábase al sagrado ministerio desde la mañana hasta la noche; celebraba el santo sacrificio de la Misa con la devoción de un serafín; su comida era tan parca que aquellos isleños no sabían explicar cómo era suficiente para conservar las fuerzas del cuerpo de un hombre que trabajaba sin interrupción y en obras de suyo penosísimas, y que después de las fatigas de todo el día pasaba gran parte de la noche en fervorosa oración, sin hacer uso de la cama para su corto descanso. Vestía un traje pobrísimo; sus modales eran siempre humildes y modestos, y su trato sumamente amable. Hacía sus viajes á pie, y con frecuencia por caminos escabrosos; una sola vez, por humilde condescendencia, montó un camello, y fué de esta manera: después de la Misión dada en la Gran Canaria, el Prelado le envió á la isla de Lanzarote, y le señaló por compañero á un buen religioso para que le ayuda-

(1) Rdo. D. Juan Melitum Arma, oficio del 23 de Abril de 1880.

(2) Manuscritos del P. Claret y de varios testigos.

se á oír confesiones. Mas era éste tan obeso de complexión que con dificultad andaba á pie. Desembarcaron en un puerto de la isla, que distaba aún como unas dos leguas de la población adonde iban, y luego el compañero, á quien pesaba mucho la carga de su cuerpo, preguntó al P. Claret:

—¿Cómo vamos, montados ó á pie?

—Ya sabe Ud.,—respondió el Siervo de Dios,—que yo siempre voy á pie.

A lo cual replicó aquel buen sacerdote:

—Yendo á pie no puedo hacer yo tan largo trecho de camino; pero no montaré si Ud. no monta.

Entonces dijo el humilde Misionero:

—No consiento en que usted por mi respeto se fatigue; montaremos los dos, puesto que así Ud. lo desea.

Trajeron, pues, un gran camello, y montaron los dos en él. Siempre fué la santa condescendencia hermosa cualidad de todos los santos, aunque por ella hubieron á las veces de tolerar las hablillas de lenguas maldicientes ó la desestima de personas ignorantes, como acaeció en este caso con nuestro amable Padre. Antes de llegar al pueblo, para entrar en él á pie bajaron del camello; pero no de manera que no lo echaran de ver algunos quisquillosos y mal hablados. La Misión se dió con la misma concurrencia y el mismo fruto que en todas partes, pero no faltó en aquellos días un caballero que se le presentó diciendo: “¿Es Ud. el Misionero que predicó en la Gran Canaria?— Sí, señor,—respondió el P. Claret.— Pues sepa usted que algunos han dicho que no era Ud., fundados en que aquél iba siempre á pie y Ud. vino montado, y aun hubo quien dijo: “Yo no voy á sus sermones, porque no es el mismo Padre que predicó en la Gran Canaria.”

De este caso sacó el Siervo de Dios lo muy provechoso que es en la opinión de los pueblos el ejemplo de mortificación y abnegación que ven en el Misionero y cuánto daña lo contrario, pues una caritativa condescendencia, tomada por necesidad en aquel caso, impidió en algunos por su flaqueza é ignorancia el provecho espiritual que de otra suerte habrían sacado de sus sermones; y aunque no se arrepintió de lo que por caridad había hecho, se confirmó con esta ocasión en el propósito de viajar sin buscar comodidades de ningún género.

8. La claridad y sencillez de sus discursos y la unción

evangélica con que predicaba herían é inflamaban de tal manera los corazones de los oyentes, que derramaban copiosas lágrimas de dolor y arrepentimiento de los pecados y salían de los sermones con vivísimos deseos de salvarse. No había quien se resistiese á la gracia de Dios que obraba en él, y así, en poco tiempo hizo florecer en toda la diócesis las buenas costumbres y la santidad de vida, para lo cual contribuyeron no poco los dones extraordinarios que el Señor le comunicó, como de discreción de espíritu, de profecía y de la gracia de curaciones. Allí sucedió lo que se apuntó ya en otra parte sobre el ruido extraordinario que promovían los demonios para estorbar el fruto de sus predicaciones mientras los oyentes aguardaban ansiosos y en silencio sus palabras, y cómo cesaba del todo al comenzar él á predicar. Allí fué donde los que tuvieron la suerte de besar la orla de su vestido afirmaron haber percibido una fragancia singular y sobremanera agradable que no parecía de este mundo, y que embalsamaba el ambiente alrededor del cuerpo del Siervo de Dios (1); allí donde el Señor le descubrió cosas que humanamente no podía saber y le hizo penetrar otras más secretas.

Observando una mujer de la casa en donde estaba hospedado que la cama destinada para el celoso Misionero todos los días por la mañana aparecía muy compuesta, sin señal de que alguno en ella se hubiera recostado, movida de la curiosidad, que tanto suele picar á las de su sexo, acechó por el agujero de la llave del cuarto del Siervo de Dios lo que éste hacía en las altas horas de la noche. Al día siguiente, pensando que ninguna persona de la tierra podía tener conocimiento de su atrevida investigación, se fué á confesar, bien descuidada de lo pasado, con el mismo P. Claret. Pero cuál no fué su asombro al oír que éste, antes de pronunciar ella palabra sobre el caso, le dijo con aire entre grave y severo: "Usted es la que anoche fué á mirar por el agujero de la llave de mi aposento lo que yo hacía en las horas que Ud. sabe. Guárdese Ud., hermana mía, guárdese Ud. de repetirlo, que es pecado (2)."

Un caso parecido le pasó con un criado de la casa en don-

(1) Declaración del Rdo. D. José Yáñez, párroco de San Gregorio de Llanos de Telde.

(2) Rdo. D. Francisco Caballero del Toro, párroco de Valleseco, oficio del 26 de Abril de 1880.

de vivía el Siervo de Dios en la ciudad de Telde. Acercóse aquél con gran silencio al cuarto del Misionero en horas muy adelantadas de la noche, cuando ya todos los de casa descansaban, y vióle arrodillado orando al pie de un crucifijo. Persuadido el mozo de que nadie había sido testigo de su curiosidad, fué grande al día siguiente su sorpresa cuando se la reprendió el P. Claret, aunque con mucha suavidad y dulzura (1)

Estaba una noche predicando en la plaza de la villa de Arucas, iluminada al efecto con muchos faroles, cuando en medio del sermón, sin saber cómo, cayeron éstos al suelo. La gente se asustó; pero el Siervo de Dios sosegó en seguida al auditorio desde el púlpito, diciendo: "No temáis, porque ni uno solo se ha roto.", Levantáronlos del suelo, y con admiración de todos observaron que ni se habían roto ni padecido lesión alguna, de manera que todo se redujo á quedar apagados.

Mas el don con que el Señor especialmente le enriqueció y con el que hizo incalculable bien á muchísimas almas, fué el de la discreción de espíritu. Dábale Dios á leer como en un libro las conciencias de los fieles que se le acercaban para confesarse, y aun muchas veces de los que estaban muy distantes de querer acercarse al tribunal de la Penitencia. Á una señora, al arrodillarse para confesarse con él por vez primera, le dijo: "Usted ya puede ir á comulgar, que ya se lo permite el estado de su conciencia.", Pasmóse la señora al oír tales palabras, que no sabía atribuir sino á inspiración divina, pues en realidad ella no tenía conciencia de pecado grave (2).

Á los penitentes que por ignorancia ó por olvido no confesaban todos sus pecados, se los decía él, nombrándoles las circunstancias de lugar, modo y tiempo con que los habían cometido. Esto, que acaeció en varias personas de diferentes pueblos y ciudades, y que era publicado por los mismos penitentes, produjo en los ánimos de la muchedumbre gran veneración hacia el Siervo de Dios y extraordinaria confianza en sus doctrinas y consejos (3).

En el breve tiempo que estuvo entre los afortunados isleños de Canarias mostró también, y en diferentes ocasiones, el

(1) Rdo. D. Juan Jiménez y Quevedo, párroco de San Juan Bautista, en la ciudad de Telde, oficio del 21 de Abril de 1880.

(2) Rdo. D. Francisco Caballero, oficio del 26 de Abril de 1880.

(3) Rdo. D. Juan Jiménez, oficio del 21 de Abril de 1880.

don de profecía con que el Señor le había agraciado. Predicando en la parroquia de Moya, dijo que Dios les enviaría una cosecha abundante; y con tanta exactitud se cumplió el anuncio; que los ancianos de aquel pueblo aseguraban que en toda su vida no la habían visto igual (1).

Pasando un domingo desde la ciudad de Telde á la villa de Agüimes, vió de lejos á unos labradores que estaban trillando; y después de hacer notar á los que le acompañaban cómo aquellos hombres profanaban el día festivo, exclamó: "¡Pobrecitos! Dentro de poco verán ustedes cómo Dios los castiga." No bien hubo terminado estas palabras, cuando se levantó de aquella parte una espesa nube de humo, efecto del fuego que había prendido en la era, y que consumió en poco tiempo todo el trigo en ella amontonado (2).

A unos pastores que no se atrevían á ir á la Misión por no dejar solos los animales que estaban bajo su custodia, les dijo el Siervo de Dios: "Podéis dejar los animales, que no harán mal alguno durante la Misión." Aquellas sencillas gentes, fiadas en la santidad del *Padrito*, siguieron el consejo, y el Señor premió su fe; porque aquellas bestias, aunque llegaron á un lugar en donde había mucho trigo y cebada, no hicieron daño alguno en ella, ni siquiera la tocaron (3).

En un pueblo en que dió Misión durante la siega, y cuando los trigos estaban sazoadísimos, para alentar á las gentes á que acudieran á oír la palabra de Dios les dijo desde el púlpito: "No dejéis de venir á la Misión por temor de perder el trigo si no lo segáis, pues yo os aseguro que no se perderá por esto; mas si dejáis de asistir, se os malogrará." La mayor parte fué á la Misión, pero algunos recelosos no quisieron ir. Los primeros hallaron su trigo derecho y hermoso, y los segundos, aunque estaba tocando con el de los otros, echado al suelo y desgranado (4).

Mucho antes que se presentara el terrible azote del cólera que en 1851 tan numerosas víctimas hizo en las Islas Canarias, lo predijo el Siervo de Dios, según testimonio de muchas personas, con estas ó parecidas palabras: "Dentro de poco ven-

(1) Declaración de D. Juan Guerra, párroco de Moya

(2) Declaración del Rdo. D. José Yáñez.

(3) Carta del Rdo. P. Vilella, 19 de Mayo de 1884.

(4) Idem id.

drá una mortandad tan grande que muchos padres quedarán sin hijos, y muchos hijos huérfanos de padres,"; pronóstico que se cumplió á la letra con los muchos estragos que en aquel año hizo en Canarias el cólera morbo asiático (1).

Deseosa una madre de oír los admirables sermones del celoso Misionero, fué al templo; pero dejó á un hijito suyo dormido en la cuna y junto á ella, inadvertidamente, un sahumador con brasas encendidas. Escuchaba la buena madre muy descuidada en la iglesia de Santa Brígida al gran predicador, cuando éste, conocedor por divina revelación de lo que iba á pasar, le advirtió desde el púlpito que corriese pronto á su casa si no quería ver á su hijo quemado. Acordóse entonces la mujer del descuido que había tenido, fué en seguida á su casa, y halló que la cuna donde dormía su hijo había empezado á arder (2).

En otro caso se juntaron á la vez el don de descubrir las conciencias y el de curaciones. Cierta muchacha padecía una desazón, efecto de un mal del que ignoraba la causa. El Padre Claret se la dijo, y antes que ella se le descubriese le nombró un exceso que había cometido en años anteriores y que ella luego confesó con humildad; y como le aplicaran el remedio prescrito por el Siervo de Dios, quedó del todo sana (3).

Entre las curaciones milagrosas que obró en la isla citaremos algunas de las principales, donde con mayor claridad resplandece la acción sobrenatural del Criador. Padecía una señora hacía ya meses un penoso mal de ojos; y aunque en diferentes ocasiones había acudido á los médicos, las medicinas, lejos de curarla, la habían empeorado. En este estado, y perdida ya la esperanza en los humanos remedios, acertó á estar en la iglesia en el acto en que entraba el Siervo de Dios, y llena de fe se acercó á él en unión de otros fieles, le tomó la mano como para besársela, y habiéndosela pasado por la frente, quedó al instante libre de la enfermedad. Esta misma señora tenía entonces un hijo postrado en cama, víctima de una fiebre tifoidea, y alentada con la curación repentina de su vista procuró y logró que el P. Claret le visitara. Al llegar el

(1) Declaración de D. Francisco Caballero del Toro, de D. José Yáñez y de D. José Romén, párroco de Galdar.

(2) Declaración del Rdo. D. Juan Jiménez y Quevedo.

(3) Declaración del Rdo. D. José Yáñez.

Padre junto al lecho del enfermo se recogió algunos momentos, hizo oración por él, y apenas hubo salido, el niño recobró la salud, se levantó de la cama y echó á correr alegre por toda la casa (1).

Doña Antonia Hilaria, hija de D. Mariano Naranjo y de Doña Antonia Cabrera, de edad de veinticinco años, natural de la ciudad de Telde, en Canarias, venía padeciendo desde sus más tiernos años accidentes nerviosos, durante los cuales perdía por completo el uso de los sentidos. En los últimos años de estos padecimientos experimentaba tan fuertes convulsiones, que para sujetarla eran menester seis ú ocho hombres, y había necesidad de atarle un pañuelo delante de los ojos para contenerlos, pues corría riesgo de que le saltasen de las órbitas á causa de los grandes esfuerzos que hacía. Los ataques eran bastante frecuentes, y bastaba á causárselos cualquier ligero disgusto. Durábanle mucho tiempo, y solía arrojar algunos espumarajos cuando el accidente llegaba á su término. No es posible imaginar lo muy quebrantada que salía de semejantes accidentes; después de ellos no podía tenerse en pie, y había de guardar cama por no pocos días para recobrar algún tanto las perdidas fuerzas. Hallábase un día esta infortunada joven en la iglesia de San Juan de Telde escuchando el sermón de despedida del P. Claret. Cuando menos se pensaba le acometió el accidente con tal violencia, que á duras penas la podían sujetar. Lleváronla á la sacristía, y, terminado el sermón, el P. Claret, que nada de lo ocurrido había advertido, al entrar en ella preguntó por qué había en aquel lugar tanta gente. "Es mi hermana, — respondió un señor, — á quien ha dado el mal de nervios que padece, y en estos casos todos somos necesarios."

Sin replicar palabra el Siervo de Dios tornó á la iglesia, empapó su pañuelo en el agua bendita de la pila, y entrando de nuevo en la sacristía dijo á los que sujetaban á la joven:

— Soltadla, soltadla.

— Padre, que va á destrozarse, — replicaron los hombres.

— Soltadla, — repuso el Padre; — no temáis.

Entonces la soltaron, y poniéndole el Padre sobre la cara el pañuelo empapado en agua bendita, la joven se calmó al

1) Declaración del Rdo. D. José Yáñez.

punto y se estuvo queda, con grande admiración de todos los presentes, hasta que sentándose por sí misma en el suelo, donde había estado tendida, se le cayó el pañuelo que le cubría el rostro.

— Quitadle ahora el pañuelo de los ojos, — dijo el Padre.

Se lo quitaron inmediatamente, y quedaron pasmados al ver que aquellos ojos, que tan desencajados y mortecinos solían estar después de tales accidentes, y que por espacio de diez ó doce horas debía traerlos vendados, brillaban ahora con su nativo y claro resplandor, y sin señal alguna de que hubiera en ellos padecido jamás. Retiróse el P. Claret, y la joven se fué alegre y por sus pies á casa, acompañada de su hermano. Pasó toda la noche en un sueño apacible y tranquilo, se levantó al día siguiente muy temprano de la cama, fuése á la iglesia, y con otras personas acompañó al Siervo de Dios, andando á pie y sin cansarse, hasta el pueblo vecino de Valsequillo, distante como una legua; pero lo más notable y que mostró á las claras ser la curación obra de la divina Omnipotencia, fué que nunca, en toda su vida, le volvió á acometer aquel ni otro accidente alguno (1).

Movidos de estas y otras maravillas y de la fama de santidad del P. Claret, aquellos isleños se convirtieron al Señor, los viciosos se apartaron de las ocasiones de pecar, los amancebados se unieron en legítimo matrimonio y cesaron los escándalos. El fruto fué copioso y permanente: en 1880, después de treinta y dos años transcurridos desde el tiempo de aquella Misión, cristianos de buena conducta señalaban aquella época como el principio de su mudanza de vida; éstos y otros continuaban en las prácticas de piedad que entonces aprendieron, y en muchas casas se rezaba todavía en las oraciones domésticas el Padrenuestro que les encargó el Siervo de Dios.

Concluidas estas Misiones, al sobrenombre de Apóstol de Cataluña, que ya antes se había conquistado, añadieron los pueblos el de Apóstol de Canarias. Nada se llevó de aquel país si no es algunos rasgones en su viejo y gastado balandrán; pues aun cuando el Sr. Obispo le ofreció uno nuevo y un sombrero, el Padre no juzgó prudente aceptarlos, aunque no por esto se

(1) Declaración del presbítero D. Domingo Cabrera. Carta del P. Hilario Brossosa, C. M. F., del 7 de Agosto de 1880.

mostró menos agradecido. Por último, con gran sentimiento de aquellos isleños, terminada su Misión, se despidió de su querido Prelado y partió nuevamente para la Península, en donde el Señor le reservaba nuevos trabajos, con los que había de acrecentar no poco la divina gloria.



## CAPÍTULO X

### DE VARIAS COSAS MARAVILLOSAS OBRADAS POR EL PADRE CLARET EN LAS MISIONES (1840-1850)

1. Su actividad y sus fuerzas extraordinarias. — 2. Discreción de espíritus. — D. Joaquín Masmitjá consolado por el P. Claret. — Sor Ana Artés. — Cómo leía el Siervo de Dios en las conciencias. — Marañas de una fingida endemoniada descubiertas por el santo Misionero. — 3. Don de profecía. — Presagia la impenitencia de una pecadora. — Trabajos previstos de una joven. — Anuncia el nacimiento de un niño y salva la vocación religiosa de una doncella. — El autor de la historia del santísimo Misterio. — La señorita Maspons: su vocación milagrosa anunciada por el Siervo de Dios. — Lluvia que no moja por el dicho del P. Claret. — Anuncia públicamente en unos ejercicios la próxima muerte de un sacerdote que asistía á ellos. — 4. Don de curaciones. — Enferma desahuciada curada por el Siervo de Dios. — Restituye bromeando la salud á un predicador. — Estudiante remediado. — El niño giboso. — Isabelita la paralítica. — Curación repentina de una enfermedad crónica de cuatro años. — Un pequeñito Job curado con las oraciones del Siervo de Dios. — Curación de un ciego. — Operación hecha en una rodilla al P. Claret. — 5. Libra éste á un joven de ataques epilépticos y de su repugnancia á los actos de religión. — Conversiones extraordinarias obradas por el Siervo de Dios. — Conversión de tres hombres que habían intentado asesinarle. — El heresiarca de Alforja convertido con sus predicaciones.

1. De regreso de Canarias llegó el Siervo de Dios á Barcelona á mediados de Mayo de 1849. Retiróse á la ciudad de Vich, en donde se puso de nuevo á las órdenes de su Superior ordinario, y bajo su obediencia siguió trabajando, como de costumbre, de una manera incansable. Mas antes de referir las nuevas obras que para el servicio de Dios nuestro Señor llevó á cabo en este primer período de su vida anotaremos algunos hechos extraordinarios acaecidos en este tiempo de las Misiones, y los dones sobrenaturales con que el Señor le enriqueció para autorizar sus predicaciones y enseñanzas.

Quien haya reflexionado un poco sobre cuanto llevamos dicho, no podrá menos de admirarse de las fuerzas extraordinarias que mostraba tener, pues comiendo tan parcamente que